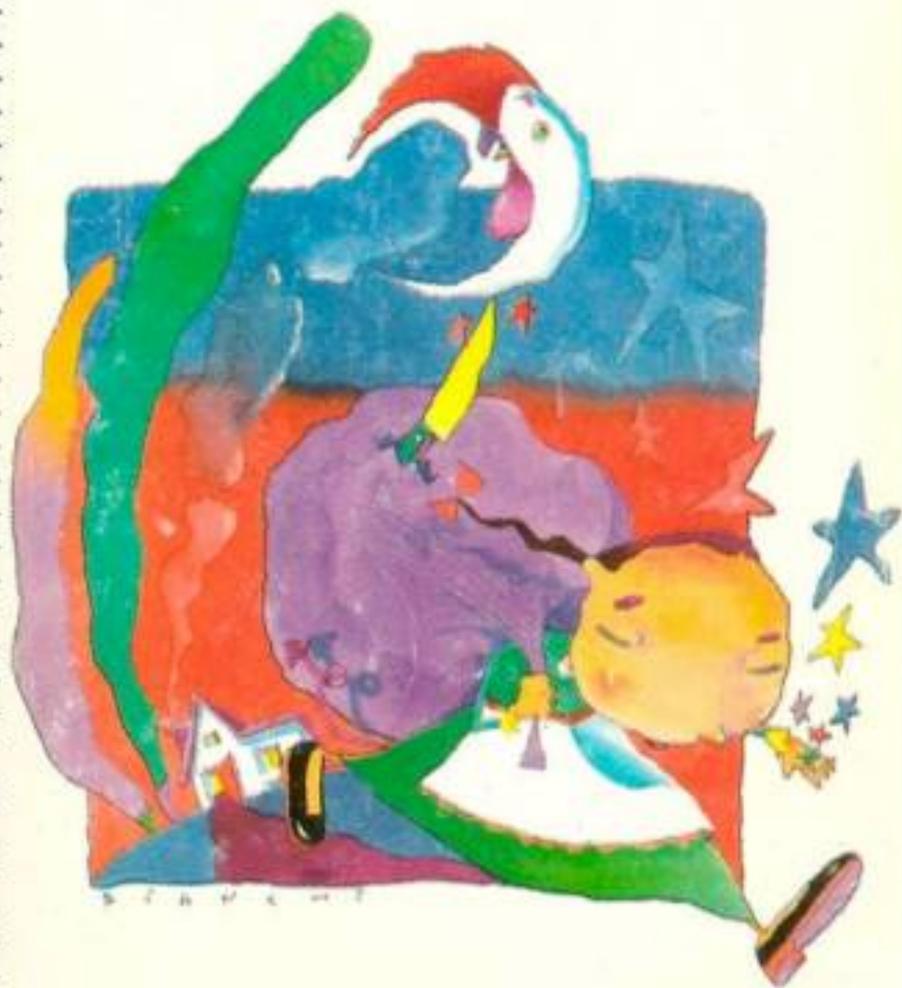


Los desmaravilladores

(10 cuentos de amor,
humor y terror).

Elsa Bornemann



Los desmaravilladores (10 cuentos de amor, humor y terror) es otra excelente muestra de la capacidad de Elsa Bornemann para sorprender y encantar a sus lectores. En este libro de cuentos, que habla de los primeros amores y de los primeros encuentros con el terror, abundan también el humor y, a veces, la tristeza, como en la vida misma. Cuentos que, además, recrean leyendas populares o acontecimientos reales con la valentía de quien sabe que para los chicos no existen temas prohibidos. Sólo se trata —nada más y nada menos— de saber contarlos.

A mi inolvidable tío Tomás, a quien sigo recordando como el muchacho que era, desde que se me fue con sus sueños fantásticos y su alunado bandoneón a cuestras. (Cuestas arriba, quiero decir...).

Entrada libre

Te doy mi más afectuosa bienvenida a esta suerte de casa de papel que —ojalá— te encante visitar.

En sus diez imaginarias habitaciones entintadas te aguardan muy diferentes personajes, ansiosos por transmitirte sus historias de amor... de humor... de terror...

Estoy segura de que —todos ellos— van a intentar que te codees con emociones; que te zambullas en la diversión; que te quedes pensando —tal vez—; que te entretengas... ¡y —también— que se te pongan los pelos de punta: de tanto en tanto!

Al final de tu recorrido, te espera una pequeña sorpresa; la «yapa» podríamos decir.

Se trata de un breve poema —titulado «Hola y adiós»— que, a vuelo de pájaro, te cuenta cómo soy. También, servirá para despedirnos, hasta que volvamos a compartir algún otro libro.

En esos versos vas a reencontrarme —de alma y brazos abiertos— para que, con ellos, te acompañe a la salida hacia el exterior. ¿Te veo-veo allí, entonces?

E.B.

El titiritero

Llegó por vez primera y única a nuestro barrio pocos días después de anunciar su espectáculo mediante carteles que nos sorprendieron una mañana, camino hacia la escuela. Estaban pegados sobre todas las paredes de la manzana en la que se levantaba el edificio del colegio, así que no hubo alumno de la vecindad que no los viera.

Todos nos sentimos —de inmediato— magnetizados por el misterioso hombrecito de larga capa negra y sombrero aludo que nos invitaba —desde los afiches— a asistir a su «GRAN FUNCIÓN GRATIS GRAN — LOS TÍTERES DEL TERROR — ESTRENO MUNDIAL EL PRÓXIMO DOMINGO EN EL PARQUE DE LOS PATRICIOS — A LAS DIEZ, JUNTO A LA FONTANA, LOS ESPERA MÍSTER ADRENAL».

¡Con cuánta ansiedad esperamos aquel domingo!

Funciones de títeres veíamos con frecuencia y nos encantaban, pero nunca habíamos presenciado una «de terror»... ¡Vaya si ese Míster Adrenal sabía cómo despertar la atención infantil!

La mayoría de los chicos del barrio —que raramente aparecíamos por el parque antes de las once domingueras — estábamos allí desde muy temprano, aguardando el arribo del titiritero.

Cuando llegó —a las diez en punto— casi todo el niño-río de Patricios (y una multitud de adultos, tan interesados como los pequeños, aunque no lo confesarán...) se había dado cita junto a la enorme fuente.

Míster Adrenal llegó solo, como brotado por arte de magia de los arbustos que salpicaban —en su alrededor— la casa del guardián del parque. Nos extrañó que no portara una valija siquiera, ni que se presentara acompañado por algún ayudante.

—¡EL TEATRO DE TÍTERES ES MI PROPIA CAPA! —anunció, de repente, una vez que se aquietó el murmullo generalizado que había provocado su aparición.

Entonces se subió a un banco del parque, sacó sus dos brazos por entre las aberturas frontales de la capa e inició la función.

Creo que ninguno de los que fuimos sus espectadores —aquella mañana— ha vuelto a presenciar una obra tan terrorífica. Los dos únicos títeres que actuaron (llamados Martirio y Delirio) nos condujeron hacia increíbles zonas del horror. Los brazos derecho e izquierdo de Míster Adrenal parecían tener una vida propia y desesperante. Su capa se movía de aquí para allá —en su inquietante vuelo de seda— mientras Martirio y Delirio se iban asemejando —más y más, a cada instante— a verdaderas criaturas humanas. Dos pesadillas en miniatura, tan insoportablemente repulsivas eran. Y para qué describirlas, si tu imaginación —de seguro— ya las estará viendo tales cuales eran.

Sí. Así. Con esos ojos. Con esas bocas. Con esas diminutas manos inventadas para rozar lo espeluznante. Y también pronunciando esas palabras que sólo podían convocar el espanto.

Aunque estremecido de miedo, lo cierto era también que otra sensación conmovía al auditorio: la de percibir que estaba ante un extraordinario artista, frente a un titiritero excepcional y dos no menos excepcionales muñecos.

Comenzaba a llover a cántaros cuando Míster Adrenal dio por finalizada su obra, no sin antes anunciar que ofrecería una nueva y última función esa misma tarde, si las condiciones del tiempo lo permitían para las seis.

Hizo entonces unas volteretas y Martirio y Delirio agradecieron —con reverencias y aplausos de sus propios bracitos— la fuerte ovación que coronó sus actuaciones.

De inmediato, el titiritero volvió a introducirlos debajo de la brillante capa y se escabulló —presuroso— entre el gentío que comenzaba a retirarse del parque (también de prisa, para no mojarse demasiado).

A pesar del aguacero, mis amiguitos y yo decidimos que seguiríamos a Míster Adrenal antes de que se nos evaporara entre las aguas.

Queríamos conversar con él, averiguar de dónde venía, cuáles eran los secretos de su aterrador pero incomparable arte, hacerle —en fin— un montón de preguntas pero —por sobre todo— ver de cerca, bien de cerca a los dos horripilantes títeres. ¿Quién de nosotros se animaría a tocarlos? ¿Quién se atrevería a enguantárselos con la misma tranquilidad con la que manipulábamos nuestros propios títeres, hechos en la escuela?

—Yo, ¡ni loca! —repetía Mechita, mientras correteábamos bajo la lluvia tratando de alcanzar a Míster Adrenal—. ¡Se me erizan los pelos de sólo pensar en Martirio y Delirio! Puaj.

En cambio, Martín, Eugenio, Mariela y yo alardeábamos de lo lindo: cada uno aseguraba que iba a ser el primero en tomar a los títeres, en abrazarlos incluso. La silueta de Míster Adrenal se perdía ya en el interior de la casa del guardián cuando —con las lenguas afuera y empapados— los cinco chicos llegamos al jardincito que se abría frente a la vivienda.

—Ajá. Conque se está hospedando en este lugar —dijo Eugenio.

—Bajas todas las persianas... Raro, ¿no? —agrego Martín.

Mariela y yo nos acercamos —entonces— a la puerta de entrada que —minutos antes— se había cerrado tras el ingreso del titiritero. De orejas pegadas a la gruesa madera

con aldabón, tratamos de escuchar alguna voz, algún sonido que proviniera del interior de la casa, antes de llamar. Pero lo cierto es que no oíamos nada. Silencio más silencio que —como es obvio— nos desconcertó.

—¿Golpeamos o no? —cuchicheábamos indecisos—. ¿Y si se acostó y se enoja? ¿Qué hacemos?

Fue entonces cuando Mariela —la más audaz de los cinco— pulsó suavemente el picaporte.

¡Qué sorpresa! La cerradura estaba sin llave y la puerta empezó a abrirse con lentitud, impulsada por el leve empujoncito de la mano de nuestra amiga.

Detrás de ella nos arracimamos los demás —entre temerosos y excitados— hasta que un empujón de Eugenio —que quiso hacerse el gracioso— nos arrojó a los otros cuatro hacia el interior de la casa.

Durante unos segundos que se me antojaron inacabables, vimos —entonces— lo que nunca debimos ver.

Aún me estremezco al recordarlo.

Sin su capa ni el sombrero, sentado junto a una mesa sobre la que temblaba la luz de una lámpara y de espaldas a la puerta, Mister Adrenal.

Tenía los codos apoyados sobre la tabla y se sostenía la cabeza con ambas manos cuando lanzó aquellos pavorosos alaridos, no bien advirtió nuestra presencia.

Al instante nos dimos cuenta del porqué de su actitud. Y fueron nuestros gritos de horror los que se mezclaron —como un relámpago— con los suyos y con los de otras dos bocas, antes de escapar —atropellándonos en desordenada huida— a través del parque.

Un largo rato después —y ya los cinco amigos reunidos en la tibia cocina de la casa de Mariela— intentamos contarle a sus padres lo que nos había pasado.

Tuvo que transcurrir otro largo rato para que pudiéramos hacerlo con cierta claridad, espantados como seguíamos por lo que habíamos visto.

De todos modos, no nos creyeron; como tampoco la familia de Martín, ni la de Mechita, ni la de Eugenio, ni la mía.

—Sugestionados están. Tremenda la impresión que les causaron esos títeres —nos dijeron los mayores—. Ese Míster Adrenal tiene un talento extraordinario, es un artista singular pero no le vamos a permitir que vuelva a actuar para los niños... Cálmense. Ya mismo vamos a ir hasta la casa del guardián para hablar con él.

Un pequeño grupo de padres se dirigió —entonces— hacia el parque, dispuesto a charlar con el titiritero.

—¡Ahora van a ver que no mentimos! —les repetíamos los chicos una y otra vez—. ¡Lo que les contamos es la pura verdad!

La lluvia continuaba volcándose con fuerza alrededor de las siete menos cuarto de la tarde, hora en que los adultos regresaron con el informe de que nadie había acudido a sus llamados en la casa del guardián y que la puerta estaba cerrada con candado, como era habitual cuando el viejo cuidador se alejaba de allí.

—Ni rastros de Míster Adrenal —nos dijeron—. Seguramente suspendió la función de las dieciocho y se marchó. También, con esta lluvia...

Inútil nuestra insistencia en reiterarles —entre lágrimas— el desdichado episodio que nos había tenido como testigos. No nos creyeron ni una palabra y —para colmo— nos aconsejaron que guardáramos el secreto de lo que ellos suponían «una alucinación colectiva», «una visión producto del pánico».

—Ya se les pasará el «chucho»... —nos decían—. Los demás van a pensar que están locos si cuentan lo que nos confiaron a nosotros, queridos. ¿Quién puede «tragarse» tamaña historia...? Nadie les creerá.

Desde aquel día y hasta la fecha, Eugenio, Mariela, Mechita, Martín y yo callamos, y el paso de los años hizo que

comprenderíamos las recomendaciones de nuestros padres. Pero ninguno de los cinco duda acerca de la realidad de lo ocurrido en la casa del guardián, de lo visto —entonces— y que ahora viene a formar parte de un cuento.

Sabemos que es la única vía para transmitirlo, sin que la gente murmure que nuestra salud mental deja mucho que desear.

Y bien. Acaso si no me hubiera sucedido a mí, tampoco yo creería que los brazos de Míster Adrenal existían con independencia del resto del cuerpo, que Delirio y Martirio no eran títeres fantásticos sino dos criaturas encarnadas a partir de los hombros del titiritero. Dos pequeños seres, cuyas espantosas cabezas ocupaban los lugares que debían de haberle correspondido a sus manos.

Dos engendros, especie de hermanos siameses del artista y tan reales como cualquiera de nosotros.

Los alaridos de Míster Adrenal y los chillidos que Martirio y Delirio emitieron durante aquellos instantes en que los cinco amiguitos los sorprendimos tales cuales eran, persisten en mi memoria con el vigor de una sirena de otros mundos, aunque jamás haya vuelto a tener noticias de sus vidas.

Superjuán o El cuento grande como una casa

Voy a contarte un cuento ¡así de grande!: ¡Como una casa!

Para eso, te pido que cierres los ojos e imagines que estamos en medio del campo, sobre la tierra del patio de una escuela rural de las tantas que existen en el interior de las provincias que componen la República Argentina.

Es lunes; una luminosa mañana de primavera y la Señorita Azucena —la única maestra y directora— está en la ceremonia del izado de la bandera, junto con sus tres docenas de alumnos.

«Alta en el cielo, un águila guerrera...», cantan.

Poco después, todos van a saborear el mate cocido y el pan recién horneado que los esperan como desayuno. La generosidad de unas vecinas de la escuela hace que nunca les falten hasta el viernes, día en el que regresan a sus casas... ¡Y qué entretenidos se sienten los chicos durante esa hora previa al inicio de las clases de cada semana!

Es que —aparte de servirles para reponer energías— la dedican a contarse los episodios que los han tenido como protagonistas durante sábado y domingo pasados.

Así es como —en voz alta y para todo el grupo— hablan quienes desean comunicar algún hecho a los demás.

No es necesario que se trate de acontecimientos fuera de lo común. Las cosas simples, cotidianas, se consideran como novedades de interés. Entonces escuchamos, por ejemplo...

- que mi yegüita overa tuvo un potrillo...
- que mi hermana mayor se fue a trabajar a Buenos Aires...
- que se nos está secando el algarrobo...
- que recibimos la visita de mis abuelos de Gualeguaychú...
- que nos robaron las toallas de la sogá...
- que tuvimos que llamar al veterinario, porque la vaca manchada se lastimó una pata y se le estaba agusanando la herida...

Pero la verdadera diversión ocurre cuando llega Juan Conesa.

Sucede que —si bien la mayoría de los compañeritos reside en zonas más o menos distantes del colegio— el tal Juan es el que más lejos vive de allí. Por eso, se presenta —invariablemente— tarde, desde el tambo en el que trabaja con su familia, según dice.

«Según dice»; porque como hace poquito que se ha incorporado al grado, es «el nuevo» y —por lo mismo— nada fiable para los demás, hasta que demuestre lo contrario.

Juan se aparece a caballo al igual que otros niños, en tanto varios caminan algunos kilómetros, o los traen en sulky, o bajan de los camiones que recorren la ruta cercana y a los cuales «hacen dedo» para asistir o retirarse del establecimiento escolar.

Como Juan Conesa es el último en agregarse a la mesa del desayuno, también es el último en contar lo que le ha pasado el fin de semana.

Se mantiene callado, un poco distraído y silbando bajito, mientras el resto va dando cuenta de lo que hicieron, de lo que aconteció. Cuando le toca el turno de hablar, las anécdotas de Juan hacen llorar de risa a sus compañeros. Por eso le han puesto —como sobrenombre— «Superjuán». Entre burlas y aplausos y exclamaciones.

—¡Juan Conesa es un mentiroso! —acostumbran gritarle, una vez que él ha concluido con cada relato de lunes.

—¡Mentiroso! —le reiteran—. También, «con-esa» cara ¿quién va a creerte semejantes embustes? ¡Ni que fueras Superjuán!

—¡Superjuán! ¡Superjuán! —suelen corearle.

Sólo Camila Ruiz lo sigue contemplando —como hechizada— durante varios minutos después del «¡Fin!» con el que Juan sella cada anécdota.

Cierto es —también— que la Señorita Azucena trata de defenderlo de las risueñas acusaciones de los compañeros.

Le cuesta. Pero como si fuera solitaria dueña de un secreto, como si conociera algunos datos que sus alumnos no, se la oye queriendo imponerse ante el barullo general, diciendo:

—Juancito es imaginativo, fantasioso, chicos... No tiene ninguna intención de mentir.

Ocurre que el muchachito refiere —siempre— sucesos espectaculares, breves historias en las que se centra como personaje principal y que lo muestran en acciones o situaciones totalmente extraordinarias.

—¡Vaamoos! ¡Eeeeeh! ¡Se le va la mano con los disparates! —protestan algunos.

Pero ¿qué cuenta Juan como para que sus compañeros reaccionen de tal modo? Bien. Dice que su padre mide más de tres metros... que sus músculos son duros como el hierro... que su sonrisa es ancha como la luna... que la barba le alcanza las rodillas...

—¡Grande como una casa es mi papá! —insiste—. ¡Alto así!

Juan acostumbra —entonces— a subirse al pupitre, mientras eleva los brazos y los abre en cruz o los hace girar como un molino para indicar el tamaño desmesurado de los seres o cosas que nombra.

—¡Enormes las empanadas que prepara mi mamá! ¡Alcanzan para que coma toda la familia y todavía sobran pilas de migas para el gallinero nuestro y el de los vecinos! Como

tiburones los surubíes que pescamos anoche en el río: ¡Así de grandes!

También exagera al describir las dimensiones de la red y de las cañas que usan para pescar y de los canastos en los que recogen el fruto de la pesca. ¡Ni que hablar del bote! ¡Descomunal como un transatlántico!

En fin, que todo es «grande como una casa» en las narraciones de Juan.

Además no sólo magnifica medidas...

De acuerdo con lo que nos enteramos unos momentos atrás, siempre cuenta episodios asombrosos, de los cuales su papá y él son los únicos héroes y al término de los cuales —de ternura puesta en la mirada— los espera la madre, no sólo con empanadas gigantescas sino con diversas comidas que ocupan ollas dignas de contener la alimentación de un batallón de ogros.

Veamos ciertas muestras de sus relatos de lunes:

—¡Tuvimos que luchar con pirañas que parecían ballenas!

—El bote dio una vuelta de campana por culpa de una ola extendida hasta las estrellas, pero mi papá lo volvió a colocar en la posición correcta con la fuerza de su dedo meñique, así nos salvamos...

El colmo —para sus compañeros, que lo escuchan, muertos de risa— tiene lugar el mismo lunes en el que transcurre nuestro cuento. Porque lo más «pancho», como si fuera el hecho más natural del mundo, Juan acaba de asegurar —encaramado sobre su banco y abriendo los brazos de par en par— que la noche anterior se toparon con un barco pirata que «imagínense lo inacabable que era, que su capitán y su tripulación eran hombres así de grandes, ¡más altos que una casa! Y entonces...».

No puede continuar. A las carcajadas y chillidos se les agregan bollitos de papel que los compañeros le arrojan, burlones. Camila Ruiz es la única que no se suma al alboroto del aula.

Ella mira a Juan Conesa con una expresión de enamoramiento que sólo advierte la señorita Azucena, tan enfervorizados están los demás chicos en reforzar —a grito pelado y mediante una improvisada melodía— las acusaciones de «¡Superjuán es mentiroso, lará lará lará! ¡Superjuán es mentiroso, lará lará lará!».

Inútiles los pedidos de silencio que formula la maestra.

El grado se transforma en una cómica pajarera donde todos gorjean a la vez. Menos Camila, claro.

Y menos que menos Juan que —«bombardeado» con papelitos— apenas si atina a abandonar el salón que les sirve de albergue para meriendas, aprendizaje y dormitorio.

Avergonzado. Tristón.

Es recién durante el tercer recreo de este lunes cuando Camila se atreve a acercársele, tan pronto como lo ve apartado del resto y tumbado bajo la sombra de un árbol.

—Juan... Juancito... —le dice—. Yo... Yo quiero que sepas que... esteee... quiero que sepas que te creo... que me encantan tus hazañas... Son... ¿cómo explicarte...? Como sueños... esteee... como maravillosos libros de cuentos que no tenemos en la escuela... A mí me gustan mucho, Juan... Son lo más lindo que me pasa aquí... Espero cada lunes tu llegada... Es como si... ¿me entenderás? Es como si yo viera cada escena de tus relatos... Como en las películas, ¿te das cuenta? Para mí... Juan Conesa es esteee... ¡es un genio! — y Camila termina de repente su monólogo y se aleja del árbol, sin volver la cabeza. También ella siente vergüenza por lo que le ha confesado a su compañero de tareas: es que Juan ni se molestó en mirarla siquiera, mientras que la niña se armó del coraje necesario para decirle lo que le ha dicho.

Sin embargo, Juan la observa a medida que ella se va separando de su lado ¡y vaya si ha prestado atención a sus palabras, a pesar de que simuló que no!

La semana transcurre sin que otro asunto merezca ser mencionado.